

ANTOLOGÍA DE CÓRDOBA

AL EMPEZAR

Con pluma de oro el nombre augusto de Córdoba ha quedado perenne en las páginas de todas las culturas que florecieron en el suelo privilegiado de su solar de eternos destinos. Más que escrito, como esculpido en bronce heróicos y en mármol pentélico. Mejor que nombre es faro, luz antes que sonido. Estrella y raudal, poema y oración, suspiro y arcano, ciencia y santidad.

Al rodar de los siglos, y desde los orígenes de su ser, las esencias de Córdoba se han acendrado hasta la maravilla. Siempre una ciudad, en tiempos un imperio, Córdoba es Córdoba, en el poderío y en la decadencia, en el esplendor y en el ocaso, cuando pierde como cuando triunfa, cuando reza como cuando canta, a la sazón de prodigarse y a la hora de recogerse.

«*De sabiduría clara fuente*». Gala de Andalucía, «Flor de España».

En su corazón y en su mente, ha alentado de continuo para las grandes empresas. Mística o pagana, cristiana o mora, en su entraña palpita sin desmayos el ansia de la inmortalidad. Y le sobran alientos para llegar a la cumbre, porque un espíritu poderoso, magnífico de serenidad, bello de claridades, inmenso de honduras, la sostiene y guía, y la pasea en triunfo por las cimas eminentes de la palabra y de la acción.

El genio cordobés, de que hablara Navarro Ledesma-Séneca, Averroes, Maimonides, Aben Házam, Góngora, Cervantes (indiscutiblemente Cervantes: natural de Córdoba, nacido en Alcalá), se enseñoorea en el curso de las edades en las asambleas de todas las civilizaciones, elevando a los espíritus hacia el norte del ideal «a empeños románticos y a descabelladas empresas», a lo eterno. El alma de Córdoba es impercedera.

Matrona fecunda y sabia maestra, puebla con sus hijos las zonas de los privilegiados. Y en su cielo refulgen nombres de fama universal, y sus

ingenios ilustran los anales patrios, y sus mártires prevalecen en las persecuciones, y en su ámbito florece el Arte en prodigios de piedra y de luz, de plata y de colores, en los que Córdoba toma las formas definitivas de pueblo representativo.

Por tantos felices motivos innumerables, alrededor de Córdoba había de crecer una opulenta fronda literaria. Propios y extraños ingenios, que la han amado con apasionada devoción, la celebraron con entusiasmo, la colmaron de lisonjas, la cantaron con elocuencia. Copiosas las páginas donde las excelencias de Córdoba se exaltan, si se ordenaran, tendríamos la magnífica antología de una de las ciudades más alabadas de la Tierra. Y con el ingente elogio, una hoguera de amor que no se apaga y un caudal de poesía que no se agota. Algo para la sensibilidad y la imaginación como exquisito sustento de selectos espíritus filiales.

He aquí lo que intentamos: ilustrar las páginas de este BOLETÍN con las palabras de los enamorados de la ciudad, especialmente dedicadas a celebrar sus bellezas, y sus gracias y sus virtudes, a evocar sus esplendores, a encomiar su sabiduría. Nada importa un rigor histórico o cronológico en las piezas que compongan la colección. No será empresa crítica sino emotiva, e irán apareciendo, en prosa o verso, antiguas o modernas, según a las manos se nos vengán y las influencias del momento decidan.

Hagamos como el libro de horas de Córdoba, que por donde se abra encontremos la oración férvida del día, grata a la Madre y digna de los hijos.

A CORDOBA DE MARCIAL

Uncto Córdoba laetior Venafro.

(Libro XII. Ep. 63).

Tú, Córdoba, que en bienes
abundas, y más gozas
que la tierra olivífera
de Venafro untuosa:
ni menos que allá a Histria,
bodega vasta y honda,
el jugo de tus frutos
de tesoros te colma.
Tú, que aquellas ovejas,
que del Galeso en ondas
emblandecen su lana,

en el albor mejoras:
 ni con mentida sangre
 ni púrpura engañosa,
 mas con nativas tintas
 tus rebaños coloras:
 dí, ruégote, a ese hijo
 que de vate blasona,
 que más vergüenza gaste
 y no cante mis trovas.
 Si él fuese buen poeta,
 en la moneda propia
 pagarle yo podría:
 mas es venganza ociosa,
 célibe es él, que impune
 mujeres varias logra,
 del Talión a la pena
 sin que su sién exponga:
 y ciego, que no puede,
 si sacó a otra persona
 los ojos, por sí mismo
 perder el bien que roba.
 Pues cual ladrón en cueros,
 no encuéntrase peor cosa;
 ni hay poeta más seguro
 que el de menguadas obras.

(Traducción de don Francisco
 de Borja Pavón).

ELOGIO DE CORDOBA

Del Maestro Fernán Pérez de Oliva,
 en su «Razonamiento sobre la navegacion del Guadalquivir».

Amor le tengo y buen deseo, no solamente por la común ley de amar los hombres a su tierra, que les dió padres, y amigos, y leyes, y costumbres, y acogimiento en las adversidades, mas también por la mucha excelencia de Córdoba y gran fama de los suyos, que todas las gentes conocen y todas las escrituras celebran, con tanta admiración, que parece que la sabiduría y la fortaleza, por las cuales los hombres se gobiernan y se defienden, hijas engendradas son de vuestra ciudad y moradoras de ella.

Roma, que en riqueza y señorío tuvo gran ventaja, en esto otro no se compare, que si muchos buenos tuvo, los malos también fueron muchos. Y así ha acontecido en todas las gentes que de su nombre hicieron

fama, que entre mil pecados señalaban un hecho bueno. Sólo Córdoba mereció pura alabanza, no mezclada con vituperio, cuyos hijos en las ciencias son tomados por guía y en las virtudes por ejemplo, y en todas las memorias de los hombres, muchos tomados por buenos y ninguno por malo.

Troya, cuyo Héctor se honrará por muchos siglos, engendró también a París, que le llevó fuego en que ardiese, y a Eneas y a Antenor, que la pusieron en él. Las grandes ciudades de Grecia, a do hubo sabios y animosos, los mismos suyos las disiparon. Pues si a la memoria traeis a Babilonia, a Cartago y a otras ciudades que fueron nobles, en todas vereis cosas que por vergüenza deben encubrir. En nuestra ciudad no hubo cosa que no deseemos ponerla en los ojos y en los oídos de todas las gentes, pues grandes tiempos fué el escudo de toda España, do los moros quebraban sus armas y fuerzas, y fué después el cuchillo de todos ellos.

Siempre leal, siempre guerrera, siempre aparejada al servicio de su Rey: cierto, si las otras ciudades de España a ella parecieran, no fuera el tirano Rodrigo, señor de España, no entraran en ella moros, no echaran de nuestros templos nuestra santa religión, no sembraran en los corazones de los cristianos la secta maldita de Mahoma, no nos dieran que llorar en la sangre de los nuestros hasta nuestros días. Si las otras ciudades de España a esta parecieran, no fuera el reino... inobediente a su buen Príncipe, no prevaleciera el furor del pueblo, no fueran los buenos sojuzgados y favorecidos los malos, no fueran los templos robados y quemados los pueblos, y forzadas las vírgenes, no fuera vertida la sangre de los naturales con las armas de sus parientes. No fuera la tierra vacía de justicia y llena de temor. Esta sola ciudad acogió la paz, ésta la justicia, ésta la obediencia del Rey, que venían desterradas de toda España, y vertió la sangre de sus naturales, porque tuviesen seguro reposo; con la cual dió desconfianza a todos los malos pensamientos, y echó agua en los fuegos que se encendían, y puso freno a los comarcanos.

Todas estas cosas, porque de los Príncipes no habían de ser tan bien galardonadas como merecidas, Dios, que del pago de todas las buenas obras se encarga, quiso pagarlo en la natura de la tierra, porque fuese don perpetuo; la cual es tan poderosa en los frutos, tan cierta en los tiempos, tan extendida en los campos, que pareció a Homero, padre de la sabiduría griega, que éstos debían ser los Campos Elíseos, campos de felicidad, do los gentiles creían que las ánimas de los buenos iban a recibir galardón de lo que por virtud habían merecido. Plinio también, en la sa-

lida de su obra, hizo honor a su tierra, comparándole la nuestra en riqueza de suelo.

Esta riqueza es de tres partes: sierra, llanura y río. La sierra da vino, aceite, leña y caza y frutas y aguas; la llanura da lanas, carne y pan en tanta abundancia, que falta gente y sobra tierra, y el río, que es la mayor parte de esta riqueza, puso Dios por medio de las otras dos para que lo que os sobra llevase a otras gentes y los hiciese participantes de la fuente de los bienes do vivís, a donde viniesen como a obediencia a pedir socorro de la vida...

